

Martes XXII del TO
Ciclo B



3 de septiembre de 2024

1Cor 2, 10-16

Sal 144

Lc 4, 31-37

P. Eduardo Suanzes, msp

Pablo, en la Primera Lectura, dice algo muy fuerte: «*Nosotros poseemos el modo de pensar de Cristo*»; y lo dice con una rotundidad que echa para atrás. ¿Por qué es capaz de decir eso tan fuerte? ¿De dónde le viene esa certeza?

Pablo es consciente que la victoria de Cristo sobre la muerte eliminó las angustias del Adán caído, que somos cada uno de nosotros, y la «nueva vida», ***la vida en el Espíritu, la vida en Cristo, es comunicada al espíritu del hombre por el Espíritu Santo***, como una consecuencia directa de la resurrección de Jesús. Con Jesús se inicia una «nueva creación», el Reino de Dios en el mundo, en el que Dios reina en el hombre por medio de su Espíritu.

Para Pablo en el corazón del hombre se encuentra el Espíritu del Señor que es el Espíritu de Dios¹, enviado por Dios²; un Espíritu que nos hace clamar «*Abbá*», Padre. Pues «*nosotros somos templos de Dios vivo, así lo dijo Él, habitaré y caminaré con ellos, seré su Dios y ellos serán mi pueblo*»³; «*¿no saben que son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?*»⁴. Este Espíritu, don de Dios, tiene una misión distinta a la de Jesús o el Padre: nos hace conocer las cosas que Dios nos ha comunicado ***y nos permite discernir el modo de pensar de Cristo***, que sin el Espíritu no tendría sentido. Un Espíritu que viene en auxilio de nuestra debilidad⁵

En el Evangelio, Jesús comienza su actividad pública y, oportunamente, otra vez, en sábado. Se dirige a la sinagoga, al lugar de la Palabra...la casa de Dios para los pueblos lejanos de Jerusalén. En estos primeros momentos de su vida pública Jesús está solo, todavía no está rodeado de sus discípulos o seguidores.

De momento la gente lo reconoce *porque hablaba con autoridad*, es decir, hablaba en nombre del que lo había enviado, reconocían en Jesús al que lo había enviado. Reconocen que en Jesús la fuerza de Dios. Jesús habla desde sí mismo, sin necesidad de comentar las palabras antiguas, como hacían los escribas.

Luego, el evangelista introduce una paradoja: en la “presunta casa de Dios” no habita un espíritu *santo* sino un espíritu *inmundo*, del que no sale la Palabra, sino gritos. Ese espíritu

¹ Ga 4,6

² 1Ts 4,8; 2Co 1,22

³ 2Co 6,16-18

⁴ 1Co 3,16; 6,19

⁵ Rm 8,26

inmundo ha poseído a un hombre, se ha adueñado de un hombre...; es decir: ha deshumanizado a un hombre. Que esto ocurra precisamente (como dice el texto) en la sinagoga, tiene un sentido profundo: en la sinagoga el hombre no encuentra la buena noticia de la libertad que da el Espíritu de Dios sino la mala noticia de la atadura/del sometimiento. Las viejas instituciones de Israel (la sinagoga) han perdido su sentido, se han convertido en un sistema de dominio que postra al hombre, se han alejado del Espíritu de Dios (están habitadas por espíritu «inmundo»). Pero Jesús en su atrevimiento divino va a hacer presente el Espíritu liberador de Dios.

El enviado de Dios se enfrenta con los antagonistas de Dios. El mal reconoce al bien («sé *quién eres*») y ve en el bien a su enemigo («*has venido a destruirnos*»).

El espíritu llama a Jesús "*nazareno*" y "*El Santo de Dios*". Ambos términos aluden a una visión mesiánica nacionalista. Un nazareno debía identificarse con el nacionalismo excluyente judío, lo mismo que el Mesías ("*el santo o consagrado de Dios*") que debía liderar la liberación nacional de Israel para imponerse a los demás pueblos. Aparece aquí la tentación a Jesús para que acepte el papel de Mesías nacionalista, guerrero y triunfante.

Por eso Jesús le ordena inmediatamente: «*Cállate y sal de él*». Y agitándole violentamente el espíritu inmundo, salió de él. Jesús actúa con la autoridad de Dios. Y lo primero que ordena al demonio es «*cállate*». ¿Qué se ordena callar?: la proclamación de Jesús como Mesías nacionalista triunfador («*nazareno... eres el Santo de Dios*»). En el Evangelio todos los que manifiestan eso (ya sean demonios, la gente o los discípulos) son conminados por Jesús a callar, a no proclamarlo ni decirlo a nadie (a eso se le llama «**el secreto mesiánico**»): el mesianismo de Jesús no irá por el camino del triunfo y del poder sino por el de la entrega y la donación hasta la cruz.

El demonio no había dicho nada que no fuera verdad. Pero aquí está su sutileza. Para Jesús el diablo es el padre la mentira: ese es su nombre, eso es lo que es por encima de cualquier cosa. Su técnica no consiste en hechos espectaculares propios de las películas de Hollywood. Su técnica es la más depurada y oculta de todas: consiste siempre en lograr la mentira con la verdad. Por eso es que es tan sutil y difícil de detectar. Él no había dicho ninguna mentira, había dicho la verdad: Jesús es el nazareno y el Santo de Dios. Pero su intención la descubre Jesús al vuelo porque intenta presentarle a Él como el Mesías liberador político con poder terrenal.

La segunda orden de Jesús es «*sal de ese hombre*»: la voluntad de Dios es levantar a los postrados (la siguiente escena será en el ámbito doméstico, donde la suegra de Simón está postrada). Aquí, Jesús «desata» de las ataduras de un sistema socio-religioso que fanatiza, aliena y oprime al hombre (eso que «*tira por tierra*» al hombre). Dios no es, ni quiere eso.